

MAQUIAVELO

EL PADRE DE LA REVOLUCION POLITICA MODERNA

Por Pablo Javier DAVOLI.

I. BREVISIMA NOTICIA BIOGRAFICA:

Niccoló di Bernardo MACHIAVELLI (Nicolás MAQUIAVELO) nació en Florencia, el 3 de Marzo de 1.469; y falleció en esa misma ciudad italiana, el 20 de Junio de 1.527. En 1.498 fue designado segundo canciller de su país. Cargo, éste, que implicaba la titularidad de una suerte de pequeño ministerio de guerra e interior que dependía del Consejo de los Diez de Balía.

MAQUIAVELO se desempeñó como segundo canciller hasta 1.512. A lo largo de su carrera en el funcionariado público, llevó adelante diversas *legazioni* (misiones diplomáticas) en varios de los Estados italianos que entonces existían, ante el Sumo Pontífice de Roma y ante el Rey de Francia. De tales experiencias, el florentino recogió enjundiosas enseñanzas; muchas de las cuales fueron volcadas en sus célebres *relazioni* (informes).

Durante este período, el florentino comenzó la serie de sus tratados políticos. Pertenecen a dicha época: *Del modo di trattare i popoli della Valdichiana ribellati* (obra inconclusa), dos *Docennali* y un *Discorso sull'ordinare lo Stato di Firenze alle armi*.

En 1.512, cayó la república florentina, regresando los MEDICI, que habían sido expulsados de la misma en 1.494. Entonces, MAQUIAVELO fue acusado de conspiración y traición, encarcelado y sometido a tortura. En 1.513 fue liberado, exiliándose en su finca de Percussino (San Casciano).

En su ostracismo, MAQUIAVELO compuso la parte más significativa y trascendental de su obra bibliográfica. Allí escribió varios libros, entre los cuales

se destacan: *Le Decadi di Tito Livio* (*Las décadas de Tito Livio*) entre 1.512 y 1.517; *Il Principe* (*El Príncipe*) entre 1.513 y 1516; la obra teatral *La Mandragola* (*La Mandrágora*) en 1.518; *L'Arte della Guerra* (*El Arte de la Guerra*) en 1.519; e *Le Istorie Fiorentine* (*La historia de Florencia*) entre 1.520 y 1.525.

A continuación, analizamos los ejes temáticos y las ideas fundamentales del sistema ideológico-doctrinario político elucubrado por MAQUIAVELO.

II. EL DIVORCIO DE LA POLITICA Y LA MORAL:

Comúnmente se afirma que MAQUIAVELO separó a la Política de la Moral; que provocó una ruptura (o un *divorcio*) entre ellas. ¿Por qué se asevera eso? Veamos:

1. La teoría política de MAQUIAVELO se limita a describir múltiples hechos histórico-políticos concretos y a reflexionar sobre ellos. Se trata, entonces, de un análisis puramente fáctico y empírico; acotado a la dimensión existencial.

En las meditaciones políticas del célebre florentino, las apreciaciones éticas se encuentran relegadas a un segundo plano. Relegación, ésta, que aparece acompañado del olvido del bien común como finalidad propia de la política.

En suma, los estudios políticos de MAQUIAVELO están focalizados en los *fenómenos* políticos (tal como dicho autor los veía, por supuesto) pero no en el *deber ser* de los mismos.

Muchos sostienen que tales estudios constituyen una *visión realista* del mundo político. Este juicio nos merece dos objeciones fundamentales:

- La *visión* de MAQUIAVELO no es verdaderamente *realista* (al menos, en el sentido filosófico del término). En realidad se trata de una *visión* meramente empírica y fenomenológica, a la que sólo cabría calificar de *realista* en un sentido vulgar.

- El florentino era, sin lugar a dudas, un gran conocedor de los hechos histórico-políticos (tanto de los anteriores a su existencia como de aquellos otros que le fueron contemporáneos). Sin embargo, su descripción fáctica no es cabal ni acabada (no sólo porque son innumerables los acontecimientos histórico-políticos que no han recibido la atención de nuestro autor; sino -también y por sobre todo- porque, entre los sucesos histórico-políticos desatendidos, se cuentan múltiples episodios que no se ajustan a la *visión* maquiavélica, desmereciendo los consejos y recomendaciones prácticos derivados de la misma).

2. Los estudios políticos de MAQUIAVELO (en especial, los desarrollados en *El Príncipe*) se encuentran focalizados en el poder. Sus reflexiones giran en torno a este último, considerado en sí mismo y por sí mismo.

En contraste con la Teoría Política tradicional, cuyo *centro de gravedad* o *eje temático* es el bien común, las ideas políticas de MAQUIAVELO se encuentran centradas en el poder.

Para la Teoría Política tradicional, el poder constituye el instrumento dilecto del bien común; su *herramienta* fundamental e indispensable. En cambio, en el sistema ideológico elucubrado por el florentino, el poder figura como objeto principal de la política (en tanto ciencia) y postulado como finalidad suprema de la misma (en tanto actividad).

Se trata de un *enroque* subversivo, desde el punto de vista de la Teoría Política tradicional; por el cual lo *accesorio* se convierte en lo *principal*, así como el *medio* se convierte en *finalidad*. En consonancia con ello, la *faz agonal* de la vida política es colocada por encima de su *faz arquitectónica*, subordinándola.

Sobre la base de tamaño trastrocamiento, el pensamiento *maquiavelista*, desarrollado por el florentino y sus innumerables seguidores, desnaturalizó al concepto de la política (en tanto actividad). En efecto, el *maquiavelismo* presenta a la política (en tanto actividad) como el *arte de lo posible* o bien, el *arte del poder*; cuando, en rigor de verdad, la política (en tanto actividad) es el *arte del bien común posible* (empresa, ésta, que requiere del poder como instrumento o herramienta, claro está).

3. Por último, se dice que MAQUIAVELO produjo el *divorcio* entre la Política y la Moral también porque opinaba que la práctica sistemática de las virtudes éticas conspiraba contra la obtención, la conservación y el acrecentamiento del poder.

En efecto, de acuerdo con el florentino, el ejercicio constante de las virtudes éticas configura un comportamiento que entorpece e, incluso, impide la obtención, la conservación y el acrecentamiento del poder. Citamos a continuación algunos párrafos muy elocuentes al respecto:

*A un príncipe, por lo tanto, no le es necesario tener todas las cualidades que he mencionado en otra parte sino sólo parecer tenerlas. Más aún, osaré decir que **teniéndolas y observándolas siempre resultan dañosas** mientras que pareciendo tenerlas, son útiles; tal como el parecer piadoso, leal, humanitario, íntegro, religioso y aún serlo; pero **debes tener tu ánimo dispuesto de tal manera que necesitando no serlo, tú sepas y puedas virar a las cualidades opuestas**. Y débese comprender que un príncipe, y especialmente un príncipe nuevo, no puede observar todo aquello por lo que los hombres son considerados buenos, y que a menudo, para*

*conservar a su Estado, se verá obligado a obrar contra la lealtad, la caridad, la humanidad y contra la religión. Y por ello es necesario que tenga su espíritu dispuesto a virar hacia donde los vientos de la fortuna y la variación de las cosas lo obliguen y, como dije antes, no apartarse del bien cuando puede hacerlo, pero **saber entrar en el mal, si fuere necesario** (El Príncipe, capítulo XVIII; la negrita es nuestra).*

El mismísimo Napoleón BONAPARTE, cuyo *maquiavelismo* teórico y práctico es ostensible, comentó respecto de este último consejo: *Maquiavelo es severo.*

Algún príncipe de la actualidad, y del que es conveniente callar el nombre (se refiere a FERNANDO, EL CATOLICO), no predica más que paz y fe y sin embargo es sumamente enemigo de ambas; y si hubiera observado tanto a la una como a la otra, habría perdido su fama o su estado (El Príncipe, capítulo XVIII, in fine).

... si el príncipe quiere conservar su Estado a menudo se ve forzado a no ser bueno; porque cuando aquella mayoría en la que te fías para sostenerte, ya sea de soldados, pueblo o poderosos, está corrompida te conviene satisfacer su voluntad y en ese momento las buenas acciones te son contrarias (El Príncipe, capítulo XIX).

Las referencias de MAQUIAVELO a la *conservación del Estado* no deben confundirnos. Los consejos y recomendaciones recién citados no apuntan a la subsistencia y la *buena salud* de la organización estatal (en tanto estructura política dinámica, indispensable para la vida de la comunidad nacional). No. Dichos consejos y recomendaciones están orientados a la preservación del gobernante en su posición. Sentido, éste, que puede inferirse de los fragmentos arriba transcritos y confirmarse a la luz de los casos históricos concretos que, en relación a ellos, MAQUIAVELO analizara a guisa de ejemplos. En particular, las elogiosas alusiones que el florentino hiciera al Emperador romano SEPTIMO SEVERO, corroboran el acierto de la interpretación aquí postulada.

En suma, para MAQUIAVELO, las necesidades y exigencias del poder se contraponen a los mandatos morales. Dicho esto mismo de otro modo: la adquisición del poder, su conservación y su acrecentamiento, demandarían actitudes y comportamientos que se encuentran en riña con las normas de conducta enseñadas por la Etica. De esta manera, el florentino postulaba la existencia de una irremediable incompatibilidad entre política y moral.

Consecuentemente, el *maquiavelismo* evolucionaría rápidamente en un sentido *mecanicista*, aseverando que la política (en tanto actividad) poseía reglas propias (distintas de las normas morales) y debía regirse por las mismas. Estas reglas son concebidas como puramente *técnicas* y, por consiguiente, ajenas a toda valoración ética. A través de estas ideas se fraguaría la falacia del carácter *amoral* de la política. *Amoralismo*, éste, que, también apelando a explicaciones *mecanicistas*, más tarde aparecería reflejado en la doctrina de la *separación de poderes* del Barón de MONTESQUIEU y sería adoptado por la Economía, con la ideología del *libre mercado* y su *mano invisible* de Adam SMITH.

III. FUNDAMENTOS FILOSOFICOS:

Arribada nuestra exposición al presente punto, conviene que nos preguntemos por las nociones filosóficas sobre las cuales MAQUIAVELO ha apoyado su doctrina política. A nuestro juicio, dichas ideas fundamentales son tres, a saber:

1. Una concepción antropológica negativa:

Concepción, ésta, según la cual, básicamente, *los hombres (...) son malvados y no guardan su palabra* (*El Príncipe*, capítulo XVIII).

Varios son los pasajes en los que MAQUIAVELO ha dejado plasmado su pesimismo antropológico. A continuación citaremos algunos de ellos, en los cuales el florentino ha dejado mejor explyada su postura:

Porque, generalizando, de los hombres puede decirse lo siguiente: son ingratos, volubles, simuladores, huidizos, temerosos del peligro, ávidos de ganancias; y mientras los beneficios te siguen, te ofrecen su sangre, bienes, vida e hijos como ya manifesté anteriormente pero eso sólo si la necesidad está lejana; empero cuando aquélla se avecina ellos dan media vuelta. (...) Y los hombres tienen menos dificultad en ofender a quien se hace amar que a quien se hace temer; porque el amor no se retiene por gratitud ya que los hombres, por su triste naturaleza, rompen ese vínculo en todo momento en que prive su interés personal... los hombres olvidan más presto la muerte de su propio padre que la pérdida de sus bienes. (El Príncipe, capítulo XVII).

... porque los hombres son malos siempre que, por la necesidad, no se hagan buenos (El Príncipe, capítulo XXIII).

En efecto, cuando los hombres no combaten por necesidad, combaten por ambición la cual es tan poderosa en el alma humana, que jamás la abandona, cualquiera que sea el rango a que el ambicioso llegue (Discursos, I-37).

Interpretando estos fragmentos de manera contextualizada, sistémica e integral, se concluye que, de acuerdo con MAQUIAVELO, los hombres, sin ser completamente malos, lo somos de manera principal y predominante. En otras palabras: según MAQUIAVELO, el hombre puede eventualmente amar de modo auténtico y comportarse de manera virtuosa, pero sólo por excepción (¡una rara excepción!).

Cabe añadir aquí que, en *La Mandrágora*, el florentino ilustró su negativa percepción de la naturaleza humana de manera artística y harto elocuente. En efecto, en dicha obra teatral, cuya trama gira en torno a la seducción de una mujer honesta, los personajes exhiben descarnadamente una perturbadora miseria interior: codicia; estulticia; tontería; alegación de los vicios ajenos con la pretensión de justificar los propios; etc.

El pesimismo antropológico de MAQUIAVELO, con todo, no era absoluto. Tal absolutización terminaría produciéndose más tarde en el pensamiento de Thomas HOBBS, en el cual el hombre es presentado como *lobo del hombre*. Al respecto, no debemos dejarnos engañar por ciertas aseveraciones del florentino que, sacadas de contexto, parecen postular un pesimismo antropológico absoluto.

Huelga aclarar que, por nuestra parte, rechazamos dicho pesimismo (ya en su versión *relativa* y -¡cuánto más!- en su versión *absoluta*). Claro que el mal está en nosotros, afectándonos, corrompiéndonos y enfermándonos; pero ese mismo mal, enemigo de nuestra naturaleza, es ajeno y extraño a la misma, que es esencialmente buena. Además, el ser humano cuenta con el maravilloso atributo de la libertad personal, que le permite optar entre el bien y el mal.

Consecuentemente, somos capaces del bien, el amor y la virtud como también del mal, el odio y el vicio. Y los hechos concretos constituyen una clara muestra de ello. A la luz de los mismos, podemos advertir claramente que, dentro de la humanidad, hay hombres netamente buenos y otros netamente malos; habiéndolos, incluso, santos y ruines. De la misma manera podemos notar que, en gran parte de las personas humanas, el bien y el mal se alternan con notoria asiduidad, tornando muy difícil establecer en cada caso si el *saldo final* es moralmente positivo o negativo.

Sin perjuicio de lo recién dicho, es menester acotar que suelen ser distintas las tendencias morales (e inmorales) dominantes en cada ambiente socio-cultural. En efecto, hay escenarios históricos más propicios que otros para el desarrollo de una *vida virtuosa*; cabiendo hacer análoga observación respecto del *vicio*. A ello se debe añadir que los diversos contextos socio-culturales *fértiles* para el *cultivo* de una *vida virtuosa*, suelen favorecer con mayor fuerza la difusión de distintas virtudes.

En este mismo orden de ideas, es dable acotar que las características moralmente negativas que MAQUIAVELO atribuyera indiscriminadamente a la generalidad de los hombres, constituyen -en rigor de verdad- las cualidades típicas del burgués; es decir, del tipo humano (todavía existente) que marcaría su impronta a la Modernidad.

En efecto, si de burgueses se trata, resulta bastante atinada la descripción maquiavélica que señala: volubilidad, cobardía, egoísmo, codicia, etc. Al mismo tiempo, la aludida caracterología luce groseramente desajustada respecto de otros tipos humanos, prevalecientes en otros escenarios socio-culturales, muy diversos entre sí, verbigracia: el brahmán de la antigua India aria, el ciudadano ateniense de la *época de oro* del período aristocrático, el guerrero espartano, el monje budista tibetano, el caballero cristiano del Medioevo europeo, los evangelizadores europeos de la América española, el militar prusiano, el militante de los movimientos *nacional-revolucionarios* europeos de la primera mitad del siglo XX (1). (2)

En suma, MAQUIAVELO, en su generalización abusiva e indiscriminada, endilgó a todos los hombres, cualquiera sea el contexto socio-cultural de cada uno de ellos, las características propias del burgués y otros tipos humanos análogos o afines al mismo.

2. El vaciamiento ético de la idea de la virtud política:

El florentino desnaturalizó la noción de la virtud política, vaciándola de contenido ético. En efecto, de acuerdo con la recta doctrina tradicional, la sabiduría y la prudencia constituyen la virtud propia del político. En cambio, de

¹ Falangismo español, fascismo italiano, nacional-socialismo alemán, *hungerismo*, *Legión de San Miguel Arcángel* rumana y su *Guardia de Hierro*, partidarios del *Estado Novo* portugués, etc.

² La prevalencia de estos tipos humanos en sus respectivos contextos estuvo determinada por su función modélica y ejemplar. Sin perjuicio de ello, en algunos casos, dicha prevalencia se desprendía también de la gran cantidad de hombres que encarnaban el tipo respectivo.

manera consecuente con su *amoralismo* político, MAQUIAVELO presentó como virtud política a una dupla integrada por la fuerza y la astucia.

Estas dos cualidades, a las que el florentino ilustrara con las imágenes del león y la zorra, constituyen meras capacidades, habilidades o destrezas, cuyo carácter es instrumental. Por supuesto, tales cualidades revisten una indudable utilidad par el acometimiento y el desarrollo de cualquier empresa política. Pero, precisamente, por su carácter puramente instrumental, aquéllas, por sí mismas, de ninguna manera pueden revelar la finalidad de la política ni - mucho menos- llenarla. Así las cosas, la peculiar noción de virtud política planteada por MAQUIAVELO, como tal, constituye una idea *impostora* de nefastas consecuencias revolucionarias.

Para colmo de males, al momento de explicar y ejemplificar cómo debían usarse estas dos cualidades, el florentino no hesitó en proponer explícitamente medidas de indudable inmoralidad. Vale decir que nuestro autor no se contentó con erigir dos cualidades técnicas al rango de virtud política. Además, recomendó una utilización perversa de las mismas. Ejercicio, éste, nocivo para la finalidad de bien común que posee la actividad política, justificando su despliegue.

3. La idea de fortuna:

El pensamiento de MAQUIAVELO, que es fiel reflejo del *espíritu* de su época, no contempla la actuación de la DIVINA PROVIDENCIA, cuya intervención en la historia los grandes teólogos y filósofos cristianos han enseñado. En su lugar, el florentino elaboró y consagró la idea de fortuna.

Dicha noción constituye un remedo de la concepción de la DIVINA PROVIDENCIA. Remedo, éste, ciertamente pobre y desfigurador, pero inevitable. Ello así, debido a la obviedad de la participación de un factor ajeno a

la voluntad humana, en la determinación de los acontecimientos históricos y su jalonamiento en el decurso del tiempo.

En sus primeras manifestaciones, el *antropocentrismo* moderno ignoraba el rol de DIOS en los procesos del mundo (luego, negaría lisa y llanamente la existencia del Ser Divino). Sin embargo, no podía desconocer que, en el acontecer de los hechos, interviene una variable diferente a las voluntades humanas. Variable, ésta, que el hombre moderno, que es un tipo humano *inmanentista*, ha concebido como mero azar, *ciego*, arbitrario y carente de sentido.

Con la palabra *fortuna* se hace referencia genérica, superficial y vaga a los innumerables sucesos *casuales* que constantemente se producen en el curso de los hechos; es decir, a las eventualidades imprevistas por los hombres, que tallan de manera permanente en la determinación de las circunstancias históricas. Decimos que se trata de una referencia *superficial* y *vaga*, básicamente, porque el concepto mismo de fortuna se encuentra cerrado a todo intento de razonable explicación acerca de las causas profundas, la *lógica* y el sentido de la dinámica de tan elusiva variable, que -como ya hemos indicado- es ajena a la intención de los protagonistas humanos de la historia.

De este modo, el hombre moderno reemplazó el concepto teológico de la DIVINA PROVIDENCIA por la idea de fortuna. Noción, ésta, de corte *mecanicista*, que descarta la posibilidad de explicar las causas últimas, el motivo profundo y el sentido final de las *casualidades* y los *imponderables*.

IV. CONSEJOS BASICOS PARA LA PRAXIS POLITICA:

1. Preferir ser temido a ser amado:

En el capítulo XVII de *El Príncipe* se plantea la cuestión de *si es mejor ser amado que temido o viceversa*. Frente a la misma, MAQUIAVELO no trepidó en

aseverar que *lo mejor sería ser ambas cosas*, advirtiendo -acto seguido- que *es difícil conciliar ambos extremos*.

Habida cuenta de dicha dificultad, el florentino postulaba que *resulta más seguro ser temido que amado cuando se deba escoger uno de los términos* (El Príncipe, capítulo XVII). El fundamento de tal aseveración reside en el escepticismo antropológico de nuestro autor, al que ya hemos hecho referencia *ut supra*. En efecto, fue al momento de justificar tal preferencia por el temor que MAQUIAVELO formuló la desalentadora caracterización ya citada más arriba: *generalizando, de los hombres puede decirse lo siguiente: son ingratos, volubles, simuladores, huidizos, temerosos del peligro, ávidos de ganancias; y mientras los beneficios te siguen, te ofrecen su sangre, bienes, vida e hijos (...) pero eso sólo si la necesidad está lejana; empero cuando aquélla se acerca ellos dan media vuelta...*

La caracterización en cuestión incluye una lapidaria sentencia: *los hombres tienen menos dificultad en ofender a quien se hace amar que a quien se hace temer*.

Ahora bien, la recomendación práctica aquí tratada se encuentra complementada por una aclaración que MAQUIAVELO formulara a guisa de grave advertencia. A saber: el gobernante debe evitar ser odiado por sus gobernados.

Al respecto, en el ya citado capítulo XVII, podemos leer: *sin embargo el príncipe debe hacerse temer de manera que si no conquista el amor, no concite el odio, porque puede muy bien ser a la vez temido y no odiado*. Acto seguido, se aclara que, para eximirse del eventual odio de sus gobernados, el gobernante debe evitar *quitar a sus vasallos y a sus conciudadanos sus pertenencias y sus mujeres, y aún*

cuando necesitara proceder contra la vida de alguien deberá hacerlo cuando exista causa justificada y manifiesta ³; pero, por sobre todo, abstenerse del patrimonio ajeno...

Luego, en el capítulo XIX, se vuelve sobre el punto, añadiéndose la necesidad de evitar también el desprecio de los gobernados: *que el príncipe trate, como en cierta medida se ha dicho con anterioridad, de huir de aquello que lo haga odioso o despreciable...* Respecto del odio se señala: *Lo hace odioso por sobre todo, como ya lo expresé, el ser rapaz y usurpador del patrimonio y las mujeres de sus súbditos; de ello debe abstenerse; y toda vez que la mayoría de los hombres no es despojada de su haber ni de su honor, vive contenta y solamente deberá combatirse contra la ambición de unos pocos a la que, con facilidad y de muchas maneras, se cohíbe.* Afirmándose, a continuación, en relación al desprecio, lo siguiente: *cae (el príncipe) en el desprecio cuando es considerado como variable, liviano, afeminado, pusilánime, irresoluto, y esto debe evitarlo como se cuida el marino de los escollos y a la vez ingeniarse para que se vea en sus acciones grandeza, coraje, ponderación, fortaleza; en cuanto a los asuntos privados de sus súbditos que su decisión sea irrevocable; y que el concepto que de él se hagan disuada a todos de querer engañarlo o burlarlo.*

Los elocuentes fragmentos que acabamos de reproducir ameritan algunas observaciones y comentarios. Veamos:

- En primer lugar, debe decirse que estas consideraciones de MAQUIAVELO son, en cierta medida, de sentido común; resultando atinadas y aceptables (insistimos: en cierta medida) a los efectos de garantizar el respeto y la obediencia que merece la autoridad pública (aquí dejamos provisoriamente al margen la discusión sobre la finalidad de la actividad política; vale decir, más concretamente, si el gobernante debe hacerse obedecer para llevar a cabo la

³ Curiosamente, aquí parece que MAQUIAVELO habría olvidado momentáneamente sus propios consejos, volcados en otras partes de *El Príncipe*, sobre la necesidad y/o la conveniencia del gobernante de mentir, aparentar, simular y fingir para conservar su poder y/o acrecentarlo. No en vano, en sus comentarios a *El Príncipe*, Napoleón BONAPARTE dijo en relación al fragmento citado: *los forja uno cuando no existen en la realidad. Para mis grandes providencias de gobierno, tengo hombres más sabios que Gabriel Naudé.*

obra del bien común o, simplemente, para mantener, consolidar y/o acrecentar su poder personal).

- En segundo lugar, menester es destacar que las recomendaciones en cuestión, así como los argumentos sobre los que se encuentran sostenidas, guardan coherencia con la negativa visión antropológica del florentino.

- En tercer lugar, resulta particularmente destacable la aguda observación maquiavélica sobre el peligro que el desprecio de los gobernados implica para el gobernante. Por contrapartida, cabe aquí señalar que las relaciones de mando-obediencia (todo poder las entraña) se ven propiciadas y consolidadas por la admiración que despierta el que manda entre quienes le obedecen. Dicho esto mismo en otros términos: la admiración de los dirigidos hacia el dirigente constituye un *ingrediente* de enorme importancia y efectividad para el liderazgo. Ello es así, tanto para bien como para mal (lo cual varía según los casos y por varias razones: habría que determinar en cada caso concreto cuáles son las características apreciadas por el pueblo, si el gobernante las posee realmente y si se gobierna verdaderamente para el bien común).

- En cuarto lugar, no en vano MAQUIAVELO dedicó varias de sus reflexiones a la importancia de la reputación del gobernante entre los gobernados; la fama de la que goza dentro de su pueblo. En este orden de ideas, el florentino remarcó abiertamente la necesidad de incidir de manera amañada en el ánimo y las opiniones del pueblo para que en él se generara una determinada reputación acerca del gobernante que resultara beneficiosa para sus ambiciones de poder. Vale decir que el florentino proponía explícitamente al gobernante que maniobrara con el objetivo de suscitar en la gente una fama propia *hecha a la medida* de sus necesidades y conveniencias para mantenerse en el poder e incrementar el mismo. Al efecto, MAQUIAVELO recomendaba al *príncipe* que, de resultar beneficioso para su dominación, no dudara en mentirle a sus súbditos, aparentando, simulando y fingiendo frente a ellos. De este

modo, si bien muy rudimentaria y precariamente, la doctrina política del florentino dejó prenunciadas las estrategias del marketing político y la manipulación de la opinión pública, que tanta sofisticación han adquirido en nuestros días. (4)

Para finalizar la presente sección y a modo de conclusión de la misma, resulta pertinente advertir que, de acuerdo con MAQUIAVELO, en la determinación de la conducta humana, como regla general, prevalece el temor por sobre el amor; y el odio por sobre aquél. *Ergo*, de los tres principios del accionar humano detectados por MAQUIAVELO, el odio sería el más fuerte y el amor, el más débil.

2. Saber actuar como hombre y como bestia:

Según MAQUIAVELO, *existen dos maneras de combatir: una con la ley, la otra con la fuerza; la primera es propia del hombre, la segunda de las bestias; pero, puesto que el primer recurso (la ley) no siempre basta debe saberse utilizar el segundo. Por consiguiente, para todo príncipe es necesario saber ser tanto el uno (hombre) como la otra (bestia); (El Príncipe, capítulo XVIII).*

Ahora bien, la *índole de la bestia*, en la opinión del florentino, abarcaba las capacidades propias del león y la zorra. Del primero, la fuerza bruta, que le permitía *ahuyentar a los lobos*, es decir, asustar e, incluso, aplastar a sus enemigos. De la segunda, la astucia, que le posibilitaba *conocer a las trampas* e, incluso, tenderlas.

MAQUIAVELO ponderaba especialmente la astucia de la zorra. Cualidad, ésta, que veía claramente reflejada en las maniobras de engaño que suelen desplegar los gobernantes avezados; en particular, aquellas que sirven

⁴ En la actualidad, mucho se habla de la *imagen* de los dirigentes políticos. Al respecto, conviene aclarar que la reputación o fama de los mismos, en nuestro contexto socio-cultural, se nutre fundamentalmente de lo comunicado por complejos medios audio-visuales (en especial, la televisión). Se trata de una fama constituida por ideas y sentimientos generados en la gente sobre la base de los aludidos mensajes audio-visuales.

para incumplir la palabra que habían empeñado, sin sufrir consecuencias negativas por ello. Así, verbigracia, en el capítulo XVIII, se hace referencia al caso de ALEJANDRO VI, diciéndose de él que *nunca pensó más que en engañar a los hombres y siempre encontró a quien hacerlo*. Añadiéndose que *nunca existió hombre alguno que tuviera mayor eficacia al afirmar, apoyándose en solemnes juramentos y que menos mantuviera su palabra; y no obstante sus engaños le resultaron siempre exitosos, porque conocía bien a esta parte de la naturaleza humana*.

V. CRITICA DEL CRISTIANISMO:

MAQUIAVELO revivió en los albores de la Modernidad una vieja acusación que muchos de los antiguos romanos habían dirigido, en su tiempo, contra el Cristianismo: debilitar a los hombres y el Estado. Cabe recordar aquí que, durante los años 412 y 426, SAN AGUSTÍN (el de Hipona) se dedicó afanosamente a escribir su célebre obra *La ciudad de Dios*, con la intención de exonerar a la Religión de JESUCRISTO frente a las objeciones que los romanos aún paganos formulaban contra aquella con motivo de la invasión de Roma por parte de los visigodos, bajo el mando de ALARICO, acaecida en el 410.

Ahora bien, ¿por qué el florentino sostenía aquella vieja denuncia contra el Cristianismo? Pues, básicamente, por dos razones, a saber:

- Los cristianos se interesaban más por el Cielo que por los asuntos terrenos.

- Los cristianos asignaban a la mansedumbre un sitio más alto que el que atribuían a la fuerza.

Al respecto, Juan Manuel MEDRANO nos recuerda que, según PREZZOLINI, MAQUIAVELO fue *el pensador más anticristiano de su tiempo*; advirtiendo -acto seguido- que, a diferencia de otros autores anti-cristianos, el

blanco de ataque del florentino no era el dogma católico, sino su ética. ⁽⁵⁾ Particularidad, ésta, que se verificaría varios siglos después en el pensamiento de Friedrich NIETZSCHE (1.844-1.900). ⁽⁶⁾

La falsedad de aquellos argumentos no es difícil de descubrir y exponer. Muy brevemente:

- La supremacía del interés de los cristianos en la vida ultraterrena, amén de rezumar obvia sensatez, no implica desprecio por esta vida (error, éste, en el que habían incurrido ciertas corrientes paganas). Antes bien, los asuntos de este mundo, para el cristiano, adquieren pleno significado a la luz de tan acendrado sentido de trascendencia.

- La mansedumbre, tan bien ponderada por el Cristianismo, no implica debilidad ni cobardía; de la misma manera que, de conformidad con las enseñanzas de los Evangelios, la fortaleza y el valor no deben ser confundidas con el salvajismo y la crueldad. La experiencia histórica de las órdenes de caballería, que se habían desarrollado en el Medioevo, resulta muy ilustrativa al respecto.

Pese a las críticas en cuestión, nuestro autor, en diversas ocasiones, resaltó la utilidad política del Cristianismo. Tal actitud no debe confundirnos. La reducción del Cristianismo as mero recurso político constituye una utilización aberrante del mismos. Máxime si, para colmo de males, dicha instrumentalización ni siquiera se encuentra al servicio del bien común, sino que es efectuada en favor de las ambiciones de poder planes del *príncipe*.

VI. NOVEDOSAS CONCEPCIONES MILITARES:

⁵ Conforme: MEDRANO, Juan Manuel, *Historia de las Ideas Políticas. La regulación del poder. Edad Media y Edad Moderna*, Educa, Avellaneda, 2.009, página 267.

⁶ Como bien explica el filósofo argentino Alberto BUELA, el controversial NIETZSCHE elaboró su crítica anti-cristiana sobre la base de una versión depreciada del Cristianismo, moderna, burguesa y mayoritariamente protestante.

En la época de MAQUIAVELO, era muy común que los Estados italianos utilizaran mercenarios para el desarrollo de sus empresas militares. Quienes ejercían tan vil oficio eran denominados *condottieri* (condotieros).

Nuestro autor, no sin razón, sentía una profunda desconfianza hacia tales mercenarios. Es que quienes se prestan tan canallesco servicio, amén de bastardear y deshonar el noble arte de la guerra, son *cobardes* para combatir y *valientes* para cobrar. Además, siendo el lucro personal la finalidad que persiguen, su lealtad es frágil y no merece crédito alguno (en definitiva, se ofrecen al mejor postor).

En el capítulo XII de *El Príncipe*, luego de destacarse que *las buenas armas* (junto con las *buenas leyes*) constituyen *los principales cimientos de todo Estado*, se asevera que las *armas mercenarias y auxiliares* (a diferencia de las propias) *son inútiles y peligrosas*. Añadiéndose enseguida que *si alguien apoyare su Estado en las armas mercenarias, nunca se afirmará ni estará seguro; porque carecen de unión, son ambiciosas, desleales, indisciplinadas; fanfarronas ante los amigos y viles ante el enemigo; sin temor de Dios y sin palabra con los hombres* (7); *y sólo se pospone la propia ruina si se demora el asalto; y en la paz te despojan de lo tuyo, mientras que en la guerra lo hace el enemigo. La razón de esto es que ninguna otra causa las mantiene en campaña más que el amor por un poco de estipendio que por otra parte no basta para lograr que mueran por ti. Quieren asoldarse contigo mientras no haya guerra, pero cuando ésta sobreviene huyen o se alejan.*

Consecuentemente, en reemplazo de las *armas mercenarias*, MAQUIAVELO proponía la formación de milicias populares o ejércitos estatales, que fueran la expresión institucional de la *Nación en armas*. Ya en una de sus primeras obras, *Discorso sull'ordinare lo Stato di Firenze alle armi*, había propuesto la creación de tales milicias. En el mismo sentido, redactó la *Ordenanza de la Milicia*.

⁷ Llama poderosamente la atención el contenido ético de estas apreciaciones, Ellas contrastan fuertemente con los análisis *amorales* y los consejos inmorales que caracterizan a *El Príncipe*.

En la dedicatoria de *El arte de la guerra* (al patricio florentino Lorenzo STROZZI), MAQUIAVELO dejó sentenciado: *en Italia se ha cometido el error fatal de haber separado la vida civil de la militar. Se ha convertido la vida militar en una profesión que es ejercida por compañías libres. En esta forma el soldado se hace violento, amenazador, corrompido y enemigo de la vida apacible. Conviene, por consiguiente, que volvamos a los viejos sistemas de los romanos que no reconocían diferencias entre el ciudadano y el soldado.*

En dicho libro, el autor ha destacado:

- El poder absoluto que el gobernante debe tener sobre sus *armas* en tiempos de guerra, así como también en situaciones que requieren la adopción de medidas urgentes.

- La necesidad de contar con el debido consejo, antes de tomar una determinación que involucre a las *armas*, en cualquier otra situación (con el recaudo de no recabar tal consejo de quienes desean la guerra y/o viven de ella).

- La virtud de los ciudadanos, el orden de los *cuadros* y la disciplina de la tropa como elementos esenciales de la fuerza de los cuerpos armados del Estado.

- La necesidad de que los soldados (muy especialmente, los de la infantería) tuvieran un oficio o profesión al que pudieran reintegrarse después de la guerra.

- La conveniencia de convocar a los ciudadanos todos los años (una o dos veces) para brindarles instrucción militar y realizar simulacros bélicos.

- El talento natural para el mando y el conocimiento de la naturaleza humana, como requisitos indispensables para ejercer la comandancia militar (además de la correspondiente capacitación técnica).

- La necesidad de que, en el ánimo del soldado, la motivación de mayor peso sea aquella que le obliga a escoger entre la victoria o la muerte (apelación al heroísmo del ciudadano-combatiente).

Desde luego, a lo largo de los siete libros que componen *El arte de la guerra*, MAQUIAVELO desarrolló diversos análisis de orden técnico y, más específicamente, tácticos. Así, por ejemplo, a la luz de la experiencia de los soldados suizos, los lansquenets alemanes y los tercios españoles, el florentino reivindicó la importancia de la infantería, a la que consideraba la *espina dorsal* de los ejércitos, colocándola así por encima de la caballería (cuya preponderancia admitía en las llanuras abiertas).

VII. A MODO DE COLOFON:

No queremos culminar nuestro sintético análisis sobre MAQUIAVELO sin hacer -aunque más no sea- una apretadísima alusión a una llamativa contradicción política en la que parece haber incurrido el florentino. Contradicción, ésta, que puede advertirse claramente cotejando el contenido de sus diversos libros.

En efecto, por un lado, MAQUIAVELO *divorció* a la política de la moral y la Etica, provocando una revolucionaria ruptura tanto a nivel teórico como práctico; elaboró un *instructivo* para la obtención, la conservación y el acrecentamiento del poder, cargado de consejos abiertamente reñidos con gran parte de los mandatos morales; tendía a reducir todas las dimensiones existenciales del hombre a la actividad política, subordinándolas a sus requerimientos...

Sin embargo, por otro lado, se trata de la misma persona que admiraba fervientemente a la república romana; que se alimentaba de un encendido patriotismo; que no dudó en resaltar el ideal del ciudadano-soldado virtuoso, honesto y heroico; que no se privó, ni siquiera en *El Príncipe*, de formular severos juicios éticos sobre muy diversos personajes históricos y sus respectivos comportamientos políticos...

Al respecto, lo primero que hay que decir es que las contradicciones no son extrañas en los hombres, incluso, en los más inteligentes e ilustrados.

Hecha esa aclaración, cabe recordar aquí que *El Príncipe* (donde MAQUIAVELO explayó su *amoralismo* político, acumulando el grueso de su *recetario* contrario a la moral) fue escrito en circunstancias muy especiales y con un objetivo práctico muy peculiar. En efecto, el florentino escribió este libro luego de haber sufrido la cárcel y la tortura, encontrándose en el ostracismo. Y lo hizo con la deliberada intención de ser reivindicado por los MEDICI (aspiración, ésta, que sería frustrada).

En su dedicatoria de *El Príncipe* a Juliano DE MEDICI (destinatario primigenio de la obra), el florentino confesaba lastimosamente: *me consumo en esta soledad y no puedo permanecer así mucho tiempo sin caer en la miseria y el desprecio. Desearía, pues, que los Señores Medici consintiesen en emplearme, aunque no fuese más que en hacer rodar una roca...* Dado que Juliano falleció antes de que el atribulado autor culminara el libro de marras, éste quedó finalmente dedicado a Lorenzo DE MEDICI, duque de Urbino, sobrino del Papa LEÓN X y padre de Catalina, futura reina regente de Francia.

A la luz de lo recién expuesto, resulta razonable suponer que MAQUIAVELO escribió *El Príncipe* sumamente condicionado por circunstancias que lo complicaban anímica, económica, familiar y socialmente,

así como también por sus propios deseos de superar lo más rápidamente tales vicisitudes. Esta situación permite explicar la contradicción arriba apuntada.

Otros autores han ensayado una explicación alternativas, según la cual MAQUIAVELO, al escribir *El Príncipe*, so pretexto de aportar a los gobernantes un manual descarnado sobre el manejo del poder, en realidad quiso advertir al pueblo sobre los peligros que el poder público concentrado y autocrático implica para los gobernados. De acuerdo con esta interpretación, *El Príncipe* constituiría un alegato subrepticio en favor del régimen político republicano y las libertades que el mismo normalmente entraña.